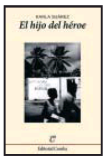
NARRATIVA

Aglomeración

POR **FRANCISCO SOLANO**

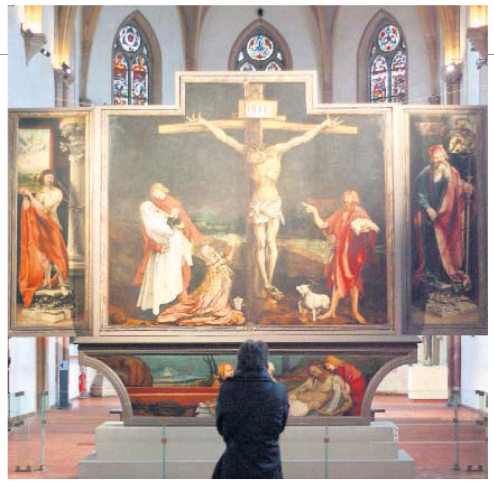
Para los nacidos bajo el régimen castrista, aquella administración política parece haber generado una extorsión en sus biografías que la literatura no termina de pagar. Si se juntaran todas las novelas que llevan en su título Cuba o Habana, sin duda el número sería abrumador. También Karla Suárez (La Habana, 1969) ha cumplido el requisito. Su segunda novela se llamaba *Habana, año cero,* aunque se desplazaba un tanto de lo previsible al centrarse en Antonio Meucci, a quien Bell arrebató el prestigio de la invención del teléfono. La sustracción, el débito de lo que se nos despoja, es un tema esencial en Karla Suárez, y en *El hijo del héroe* se refrenda, de otro modo, con la muerte en Angola, movilizado por el Ejército cubano, del padre del narrador, Ernesto, cuando el hijo era un muchacho, lo que le obliga a crecer con un padre convertido en héroe por el régimen y la historia, pero ausente de su casa y siempre rememorado.

Esta confrontación influye notoriamente en él, agraviado por la infeliz coyuntura de un sacrificio patriótico que no le consuela de su orfandad. La novela comienza con la noticia de la muerte y de lo que, años después, difusamente se aprecia como un viaje a Angola, adonde se dirige para saldar cuentas con su pasado. Pero no lo sabremos con claridad hasta las últimas páginas. Como homenaje a la ficción, todos los capítulos llevan títulos de novela, lo que propicia que la narración se demore en una suerte de autobiografía donde Ernesto nos cuenta su peripecia vital (amores, estudios, viajes) con una minuciosidad cotidiana no siempre significativa, que no difiere de una crónica de costumbres con algunas referencias a momentos de la política cubana muy aireados en los periódicos.



La prosa de Karla Suárez es clara y venturosa, pero le falta tensión, y el lector asiste a un ensanchamiento argumental que se entretiene en exceso en una información de la que no irradia el trastorno sufrido por el personaje que la novela parece exigir. No obstante, el final, al que se llega tras múltiples vericuetos, concentra una amargura casi ominosa que justifica tanta aglomeración y aplazamiento.

El hijo del héroe
Karla Suárez
Comba, 2017
340 páginas. 16,90 euros



Una mujer observa el *Retablo de Isenheim*, de Matthias Grünewald. OLIVIER MORIN (GETTY)

ENSAYO

Modos de esperanza

La primera entrega de *Sobre los artistas* reúne los ensayos que el intelectual y pintor británico John Berger dedicó a creadores como El Bosco, Goya, Grünewald y Courbet

POR **ÁNGELA MOLINA**

Un modo de abordar la escritura de John Berger es compararlo con lo que fue Virginia Woolf para la literatura o Leonard Cohen para la música. Como narrador y fabulista, incluso como dibujante, el autor inglés buscó su propia identidad y la del mundo. Fue tremendamente original, un ser errante al que no le fueron suficientes sus 85 años (1926-2017) para concluir su odisea por el vasto reino de los museos. Entre Troya e Ítaca, Berger contempla Occidente y cómo se incendia el horizonte de su época, pero, al contrario que el ángel de Benjamin/Klee, al mirar atrás sólo ve el brillo entre las ruinas. El viaje es siempre el camino hacia los otros territorios de persuasión, donde se desarrolla el teatro alegórico de la humanidad.

Escritor anticlásico, el arte nunca fue para él *il grande mondo,* sino el de la política, y la pintura podía servir para intervenir en ella. Era su manera de confrontarse con un mundo que se acredita en la destrucción. Berger fue la voz dulce de la serenidad que escapa del nihilismo del infierno y que encuentra "las bolsas de resistencia" en *El jardín de las delicias,* de El Bosco. "La esperanza es una lente maravillosa. Nuestros ojos se acoplan a ella. Y con ella podemos analizar cualquier cosa", nos dice frente al *Retablo de Isenheim,* de Grünewald. Bajo su mirada, el naturalismo de Courbet en el *Entierro en Ornans* cobra la dimensión de los rinocerontes y mamuts de la cueva de Chauvet (30.000 a. C.) u otras formas animales recreadas por Velázquez y Brancusi. Porque "el arte no tuvo unos principios torpes". En ese presente continuo se movía Berger, y la lectura de la primera entrega de sus artículos, que compila la editorial Gustavo Gili, produce ahora un efecto *doppler*, el flujo del agua que rodea a un cisne.

En *Sobre los artistas,* Berger compara la inmediatez de los retratos de El Fayum con la labor del tiempo sobre los rostros de Mantegna. La precisión de los cuchillos que desuellan el cuerpo del Marsias de Tiziano es precursora de Fontana y Saura. Y si se trata de ir al fondo de la herida, el humor puede curar la angustia de la escisión: lo vemos en su pieza teatral que fantasea con los momentos previos a la pintura de las majas de Goya: "Con tu consentimiento o sin él, Cayetana, puedo quitarte las ropas. Puedo dejarte en cueros con la misma facilidad con la que puedo pintarte. Aquí [se señala la cabeza] es donde aventajo a Velázquez", le dice el pintor a su musa secreta.

La escena mundana del arte tiene un horizonte situacionista, como la famosa primera secuencia de la serie *Ways of Seeing* en la que el escritor aparece lacerando el lienzo de lo que parece ser la cabeza de la Venus (y Marte) de Botticelli: "El detalle se transforma y una figura alegórica se convierte en el retrato de una chica".

Berger ve en la pintura el sentimiento de lo inacabado y de la fragmentación de lo real. Lo que le distingue de otros críticos o historiadores es su sensación de habitar un mundo enfermo pero no tan mísero y agotado como para no abrirse a la fantasía. Es entonces cuando se inventa la existencia de un cuadro perdido de Frans Hals que representa a una mujer desnuda —¿prostituta, amante, su propia hija?— sobre una cama deshecha. El ovillo de sábanas, su piel sonrosada y el vello púbico son una muestra elocuente de lo que ha sucedido en aquel lecho. El rostro inesperado de la mujer, su sonrisa burlona, compensan el presumible fracaso de toda gran obra de arte.

Sobre los artistas. Vol. 1.
John Berger. Edición de Tom Overton
Traducción de Pilar Vázquez
Gustavo Gili, 2017. 327 páginas. 22 euros

ENSAYO

Japón, recuperado

POR **JAVIER APARICIO MAYDEU**

Pese a lo que pudiera parecer, este hermoso libro no es hijo de esa fértil estirpe de obras de viaje escritas por extranjeros embriagados por el gozo de poder explicarles a sus compatriotas el espíritu de los lugares que exploran, y no viene a enriquecer el linaje que tal vez nació de *Il Milione,* de Marco Polo, o de las crónicas de aquellos primeros viajeros ingleses del Gran Tour, vaya uno a saber, y que más tarde ennoblecieron Pierre Loti escribiendo sobre India, Bruce Chatwin sobre la Patagonia, Kapuscinski sobre África o Paul Theroux sobre China o el Mediterráneo. *Japón perdido* nace de la obsesión por Japón, y por el Japón ancestral, de un hijo de militar norteamericano que tuvo la fortuna de conocer el Imperio del Sol Naciente a mediados de los sesenta, de niño, y que jamás pudo ya olvidar la belleza mítica de un país envuelto en la bruma misteriosa de sus valles e ignoto, en realidad, hasta bien entrado el siglo XX.

Kerr confiesa que la cultura japonesa que aprendió más tarde en Yale no coincidía con la que él descubrió fascinado cuando vivió allí por primera vez, el Japón atávico del secretismo sintoísta, de la hermosa naturaleza artificial de los jardines zen de Kioto, "las pulcras esteras de tatami", el oxímoron del alarde discreto de la ceremonia del té, el teatro Kabuki, la formalidad suprema o esa mágica gimnasia manual que deviene en caligrafía. *Japón perdido,* escrito en japonés en 1993, es un libro límpido, pedagógico y entrañable, concebido para compartir la belleza de un mundo insólito en forma de islas y para preservar una cultura milenaria que la globalización lleva décadas diluyendo.

Kerr no es un viajero sino un hijo adoptivo, y su libro adquiere pronto un hibridismo seductor, a caballo entre el *bildungsroman,* la crónica personal, el ensayo historiográfico y, por encima de todo, la confesión de una inmensa nostalgia por una cultura en extinción. Nada hace el autor por engalanar su prosa, y en cambio su sensibilidad y sus dotes de observador contumaz la convierten con frecuencia en un vergel verbal, entre maderas de membrillo y palisandro e instrucciones para contemplar un mandala. Es posible que a la memoria de otros lectores de Kerr se asomen libros como los que ha recordado en su lectura el que esto escribe, *El elogio de la sombra* (1933), de Junichiro Tanizaki, por la sutil pedagogía que destilan sus páginas y la precisión con la que se describen objetos y ambientes, y asimismo *El Danubio,* de Claudio Magris, por la armonía con la que aquí se dan la mano géneros distintos.

Japón perdido recrea un mundo autárquico que se desvanece, pero a la vez es una lúcida lectura de la evolución de las sociedades en Extremo Oriente, abandonando la tradición propia para acogerse a la ajena, no siendo ya lo que fueron y sin ser aún lo que serán, degeneradas en junglas de hormigón en las que no tiene ya cabida la delicadeza. Con independencia de si conocen o no Japón, la lectura de este delicioso libro les provocará un irreprimible deseo de ir. Y cuando vayan creerán ver los biombos pintados con silencio elocuente y escucharán el ruido simbólico de una campana detrás del bullicio ensordecedor de la sociedad japonesa hoy, bajo cuya estridencia o extravagancia cree Kerr que se esconde una población entrenada para esperar, sumisa, las órdenes de los burócratas y la degradación del medio ambiente y de la autenticidad.

Japón perdido
Alex Kerr. Traducción de Núria Molines
Alpha Decay, 2017
304 páginas. 21,90 euros

pressreader PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER PressReader.com +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW